



EL MOTORISTA QUE HUBIERA QUERIDO SER PACIFICO

CONTABLE

Cuando uno se encuentra con tipos como el motorista de hojalata, siente verdadera lástima. Instintivamente se acuerda de esos borriquillos que aún se ven de vez en cuando por las calles de Madrid, tirando de un carro lleno de chatarra hacia nadie sabe qué destino. Los pobres borriquillos llevan unas anteojeras que les impide mirar a los lados, obligándoles a concentrar sus fuerzas en el camino que les señalan. “¡A joderse pollino!, Que hay que cargar mucho material”. A su alrededor, como alrededor de la vida del motorista, hay múltiples cosas que podrían reclamar su atención. Una burra en celo o un fresco forraje. Una bella mujer o, simplemente, una labor más sugestiva que la de ir tragando millas, para ganar la carrera si es posible. ¡Manía de ganar!...

Porque el pobre motorista es un hombre equivocado. No hay más que echar un vistazo a la máquina y fijarse luego en la expresión de su jinete. Dos ruedecitas auxiliares aseguran la estabilidad de la moto. ¿Se puede imaginar algo más humillante para el piloto?. Hasta los niños chicos se burlan de los aprendices que tras abandonar el triciclo empiezan a montar en bicicleta con dos pequeñas ruedas que sirven de apoyo a la de atrás. “Adolfín es un cagón, te lo digo yo. El primer día que montó en la bici se cayó y lloró como una nenaza, y entonces su papá le ha montado dos ruedas, como las que lleva mi hermana en la suya. Vamos, a quien se le diga... Para mí que Adolfín no tiene pili-la”...

Al pobre motorista le contristaría sobremanera oír que le comparan con Adolfín. A su edad es un hombre entrado en la treintena- carecer de ciertas cosas es mucho más grave que a la de Adolfín. Pero ¿qué culpa tiene él?. Nació para otra cosa; me dio miope,

tímido y terriblemente inseguro de sus posibilidades de triunfar, hubiera preferido mantenerse en un puesto oscuro, a resguardo de las miradas de la gente. Qué se yo hubiera sido un excelente tenedor de libros, un magnífico archivero o un afinador de pianos que escribiera poemas en sus ratos libres. La manía de triunfar, el culto al héroe, le impulsaron a jugar sin embargo una baza desesperada. “O te estrellas o lo consigues todo”. Y así, sin comerlo ni beberlo, por esos caprichos de] destino, se encontró un día con un casco y unas gafas, un número a la espalda y, entre sus piernas, una endiablada cabalgadura metálica que metía mucho ruido y corría a grandes velocidades.

Su drama es uno de los dramas más comunes que hay. Todos conocemos a muchas personas que suspiran por un algo imposible que pudo ser perfectamente posible. ¿Es tan difícil ser contable, bibliotecario o afinador?. Y sin embargo, qué pocas veces otorga el destino lo que calladamente se solicita. Parece que hay que salir al encuentro de ello andando con paso firme. Si por indecisión o por pusilanimidad uno aguarda la coyuntura propicia, un día, cuando se aburra a lomos de una moto o sentado ante un imponente escritorio, se dará cuenta de que es demasiado tarde.

Ladesgracia de no ser lo que uno pretende creer que podría haber sido es en el fondo una excusa maravillosa. Como no hay ningún síntoma que invite a pensar en mis posibilidades como director de orquesta o como escritor, yo puedo proclamar orgullosamente que me hubiera encantado ser un Furtwangler o un George Orwell, por ejemplo. De esta forma siempre me queda la oportunidad de quejarme y echar las culpas a la sociedad que no supo descubrirme.

Todo lo que sea buscar ese amparo para no esforzarse en dar con nuestra medida es un planteamiento cómodo y una barata auto justificación. Creo sin embargo que tanto el motorista como servidor tenemos motivos suficientes como para recurrir al lamento sin que se nos tache de sepulcros blanqueados. Imagino que él, como yo, recibió una educación que le predestinaba para funciones y tareas que en modo alguno contaban con su particular opinión. Poco a poco, a base de ir decantando lo que más nos disgustaba, nos fueron encuadrando en lo que menos nos desagradaba. Jamás nadie se cuidó de llevarnos por el camino que realmente nos atraía. Es decir, el de contable meditabundo para él, y el de la batuta o la pluma para servidor.

Ya hablando de los coches de bomberos me quejaba de la quema de ideales que conscientemente llevábamos a cabo en nuestros años de colegio. Al término de éste, toda carrera que no tuviera una traducción crematística a corto plazo había sido cuidadosamente eliminada del abanico de posibilidades que se nos abría ante nosotros. Como un borreguito más, engañado por un falso espejismo como era la esperanza de convertirme en una persona seria de la noche a la mañana, me matriculé en la Facultad de Derecho. Durante varios años hice de tripas corazón tratando de encariñarme con lo que opinaban Papiniano, Justiniano y un tal Puchta sobre “el derecho de propiedad”, “la prescripción adquisitiva” y “la Jurisprudencia como fuente del derecho”. Fuera de la Facultad, lejos del olor a papiro y a polvo de su silenciosa biblioteca, chicas maravillosas se despanzurraban en el césped a tomar el sol de la primavera madrileña. Tenía que dominarme para no salir a escribirles un poema, o a explicarles que yo no servía para persona importante, y sí para contar chistes, imitar a Conchita Piquer o hablar al revés a la misma velocidad que los demás hablan al derecho (“palindromia” es el nombre correcto de esta rara habilidad).

Una generación atrás la sociedad era tanto o más rígida que hace quince años, y sin embargo no se respiraba un aire tan materializado como el que viciaba el ambiente donde me crié. El día que mataron a Calvo Sotelo mi padre compartía con un poeta de tantas campanillas como Gabriel Celaya un primer premio de un concurso literario, por un magnífico poema titulado “Hebras”. Aunque nunca llegó a publicar ninguna de sus obras, hay en casa dos libros ilustrados y encuadernados por mi madre que constituyen una excelente muestra de la poesía que se hacía por entonces. Pues bien; sin negarle el pan y la sal a mi progenitor, debo decirle que él gozó de mayores facilidades que las que yo he tenido para escribir. El clima era muy otro entonces. A determinados niveles, entre los cuales no excluyo el de la alta burguesía, la tertulia literaria, la lectura en voz alta *de poemas* y el intercambio de escritos entre amigos eran hasta cierto punto corrientes. Yo jamás he asistido a una reunión de este tipo. Nunca tuve valor suficiente para dar a leer mis poemas a nadie. Y cuanto he escrito, que es bien poco, lo fue a hurtadillas, ante el temor a que quienes me rodeaban, tan entendidos en economía y en política nacional e internacional, se rieran de mí. La consecuencia fue un aborto intelectual perfectamente legalizado en la persona de un infeliz que creyó ver el mundo de otra forma a como lo veían los demás.

La sensación que tengo en mi situación actual es idéntica a la que debe sentir el motorista sobre su eterno pedestal. Aunque ambos estamos perfectamente encajados

en nuestra circunstancia en su caso hasta su cuerpo y su motocicleta se hallan indisolublemente fundidos oímos los lamentos de nuestra conciencia. “¡Traición!. Sois unos conformistas, unos cobardes, unos enclencles de carácter... ¡Cochinos burgueses!”. “¡y qué vamos a hacer!” protestamos nosotros “¿Es que hay quien dé marcha atrás?”.

Difícil es el remedio, desde luego. Los más de los mortales que han padecido los efectos de una predestinación absurda y deben ser el noventa por ciento- se han resignado a su suerte. Hay quien disfraza sus deseos, y trata de hallar en la suerte encontrada por azar la auténtica razón de su vida. Los tipos así no se confunden fácilmente. Lapoca honestidad de sus argumentos deja entrever de vez en cuando su terrible pánico al fracaso, como si el visto bueno de los demás fuera lo único que tranquilizara su espíritu. Y entre los resignados y los triunfalistas queda un sector intermedio, en el que militamos el motorista y yo. Un día amanecemos sonrientes y satisfechos porque luce el sol y nos aguarda un trabajo que al fin y al cabo no resulta tan aburrido. Al siguiente lloramos inconsolables, porque nuestra alegría se nubla al recordar el secuestro de nuestra auténtica personalidad.

Nos queda al menos el consuelo de sabe que nos equivocamos porque nos equivocaron, No todos hemos nacido para construir presas, constituir sociedades o saber cuando procede emitir una serie de obligaciones convertibles en acciones. Y sin embargo, qué triste es comprobar que de los doscientos compañeros de promoción que salimos del colegio no se conoce un solo poeta, un músico o un filósofo. La sociedad de consumo se merendó tranquilamente nuestras ínfulas pseudo intelectuales, ya calló nuestras conciencias con coches, televisores y viajes pagaderos a plazos.

En estas circunstancias, una fibra tan sensible como la del motorista tenía que vibrar lastimosamente. Miope, tímido y con miedo a que fallen sus fuerzas, es claro que nunca ganará la carrera, por más que se empeñen los demás. Pero la vida es así, y así hay que aceptarla. Tendrá que rodar el resto de sus días como si le fuera mucho en ganar, con lo poco que le importa un triunfo de esa clase.

¿Cómo no iba a tener cariño a un juguete así?. Yo también me noto un poco motorista y a veces, el griterío ensordecedor de la gente me aturde hasta el punto de creer que el triunfo me llenaría de satisfacción Cuando esto ocurre, el azar vuelve a

poner las cosas en su sitio. Una bujía sucia, dos explosiones secas y ¡zas!, la moto se detiene. Pongamos que allá lejos, en un verde prado, una vaca pasta pacíficamente mientras espanta las moscas con su jocundo. Me bajo de la moto, me quito los guantes y las gafas y me tumbo a contemplarla. De alguna manera, cuando el sol se pone y aún zumban iracundos los motores de los que pugnan por ganar, siento que el corazón se me llena de alegría. La renuncia a la lucha y la ensoñación melancólica de lo que tal vez hubiera podido ser me devuelven la tranquilidad de - sentirme un poco fiel a mí mismo.

Luis Figuerola-Ferretti Gil